

# DISCURSOS

LEÍDOS EN LA

## REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

DE BARCELONA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DE

D. JUAN RUBIO DE LA SERNA

EL DÍA 6 DE MARZO DE 1904



BARCELONA

IMPRENTA DE LA CASA PROVINCIAL DE CARIDAD

Calle de Montealegre, número 5

1904

Reial Acadèmia Bones Lletres



1004370441

644093858

# LOS PRIMEROS HABITANTES DE ESPAÑA

SEGÚN LA HISTORIA Y SEGÚN LA ARQUEOLOGÍA

## Señores Académicos:

Fuera en vano que intentara ocultar, en este acto solemne, la turbación de mi espíritu al considerar la alteza del honor que me habéis otorgado, y la pequeñez de mis aptitudes y méritos para corresponder á vuestra benevolencia y á los deberes á que quedo obligado al traspasar los umbrales de esta Academia insigne.

Cuando la pesadumbre de los años y la gravedad de inveterados achaques en mi salud no han podido menos de hacer sentir su fatal influencia en mis siempre menguadas facultades ¿cómo no he de extremecerme ante la idea de que mi cooperación en vuestras tareas académicas no pueda ser todo lo asidua y provechosa de lo que mi corazón anhela y vosotros tenéis derecho á exigir de mí? Aliéntame, sin embargo, la esperanza de que mi buena voluntad podrá suplir algún tanto mi insuficiencia, y que no siendo desconocidas de vosotros, por su notoria evidencia, aquellas desfavorables circunstancias que en mí concurren, sólo habréis tenido en cuenta, al elevarme á este sitial, mi acendrada vocación por el estudio de la Arqueología y de la Historia, arraigada y robustecida felizmente por el descubrimiento en el pueblo de Cabrera de Mataró de una necrópolis de época muy anterior á la venida de los romanos, cuya detenida exploración puso de manifiesto preciosos ejemplares en cerámica, armas, inscripciones, monedas, marcas y otros objetos del más subido valor para la prehistoria de esta región de la península ibérica.

El gozo que tan rico y trascendental hallazgo me produjo, impulsóme á dedicarle largas horas de estudio, y á escribir la

Memoria que sobre dicha necrópolis corre impresa entre las que forman el tomo XI de las de la Real Academia de la Historia, y algunos artículos sueltos en Boletines y Revistas sugeridos por nuevos ejemplares logrados en las excavaciones que se continuaron metódicamente mientras no se creyó agotado el ajuar de aquella estación arqueológica, y por otros hallazgos de este orden en mi país natal.

Mas, el título preeminente que sobre todo mi escaso y pobre haber literario puedo presentaros para contarme en vuestro número, es el cariño y la admiración de que mi alma rebosa por esta tierra catalana, tan atrayente no sólo por los encantos naturales con que á Dios plugo dotar sus costas, valles y montañas, sino por la prosperidad, cultura y civilización á que sus hijos supieron elevarla con su ilustración y trabajo. Si la generalidad de sus ciudades y pueblos no lo acreditara, lo pregona- ría muy alto esta ingente metrópoli con su industria y comercio exuberantes, con sus monumentos antiguos y modernos, con el sorprendente renacimiento y progreso en artes, ciencias y lite- ratura, y, finalmente, por el desbordamiento de su urbe hacia todos lados desde que fueron rotos los diques que la aprisiona- ban y asfixiaban en estrecho recinto. Bien pudo decir de ella al cantar sus excelencias aquel llorado é inmortal poeta catalán:

*Junys besar voldrian tes peus ab ses onades  
esclaus de ta grandesa, Besós y Llobregat  
y ser de tes reductes troneres avansades  
los pits de Catalunya, Montseny y Montserrat (1).*

Desde que allá en mi país, la antigua Bastetania, leyendo al príncipe de los ingenios castellanos, tropecé con aquella tan gráfica como breve semblanza que nos dejó de Barcelona, re- putándola *Archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza única*, recreábase mi mente con la ilusión de llegar á conocerla algún día, muy lejos de imaginarme que la Provi- dencia la tenía señalada como aquella en que mi obscuro destino en la tierra había de cumplirse.

---

(1) *Oda á Barcelona*, por Jacinto Verdaguer, versos 69-72.

Así fué que, con el fin primordial de satisfacer aquel vehemente deseo, vine á terminar mi carrera literaria en esta Universidad, en la que recibí la investidura de Licenciado en Derecho con aquella inolvidable y tierna solemnidad prescrita para el caso en aquellos tiempos; mejores sin duda, y no por pasados, que los que hoy corren para la enseñanza en general, y para los Institutos docentes del Estado en particular.

Hallábase entonces la Universidad instalada en aquel vetusto edificio que había sido convento del Carmen, hace años desaparecido, y formaba el claustro de Catedráticos un conjunto de eminencias, una verdadera pléyade de catalanes ilustres, que en aquellas mal acondicionadas aulas derramaban en raudales luminosos su sana y bien cimentada ciencia, infiltrándola en el corazón y en la inteligencia de sus alumnos, siempre respetuosos y absortos en oírles (1).

No dudo, señores Académicos, que habrán ya acudido á vuestra mente, sobre todo en la de aquellos de vosotros que desde hace años peináis canas, los nombres venerandos de Martí Eixalá, Anglasell, Milá y Fontanals, Permanyer, Roig y Rey, Rubió y Ors, Vergés y Permanyer y otros, con el de nuestro por tantos títulos eximio Presidente, único que sobrevive de tan escogido plantel, honra y prez del profesorado y de esta misma Academia, en la que brillaron como astros de primera magnitud.

Por una de esas vicisitudes imprevistas que trastornando todos nuestros planes de actividad para la lucha por la vida les imprimen nueva dirección, hube de fijar aquí mi domicilio y hogar, en el que nacieron mis hijos, y van naciendo mis nietos, por cuyas venas corre sangre de estirpe catalana. Ved si, con todo esto, no son bastante estrechos los lazos que me unen á esta hermosa tierra para que la considere y ame tanto como á aquella en que se meció mi cuna, y que vosotros venís á honrar y enaltecer en el último de sus hijos.

Vuestros sufragios me traen á ocupar la plaza vacante por fallecimiento del electo D. Ramón Arabia y Solanas, arrebatado á la patria y á las letras en edad todavía temprana para que con su talento, ilustración y amor al trabajo, pudiera acrecen-

---

(1) Durante doce años de estudios en un Instituto y cuatro Universidades, no recuerdo que se promoviera el menor acto de indisciplina, ni la más leve algarada estudiantil.

tar su ya meritísima labor en pro de la cultura y progreso de su querida Cataluña en las diversas manifestaciones de su renacimiento. La circunstancia de no haber llegado el Sr. Arabia á tomar posesión de su plaza de Académico me priva de añadir una palabra más en su elogio.

Entrando, pues, en la materia tema de este discurso, habré de someter á vuestra benévola atención unas breves consideraciones concernientes á los primeros habitantes de nuestra Península, cuyo origen, así como el de todos los pueblos antiguos del globo, se halla envuelto en densas tinieblas, á través de las que no han podido caminar con paso seguro los ingenios que con mayor ahinco y sagacidad han tratado de investigarlo y esclarecerlo, ni aun con el auxilio de la Arqueología y de otras ciencias, como la Antropología y la Filología, que han aparecido modernamente en el extenso campo de la Historia. A pesar de esto, no se ha vacilado en sentar teorías sistemáticas, inconsistentes, y, á veces, absurdas, que á impulsos de una sana crítica, ó de nuevos testimonios, se han abandonado, quedando sumidas en el mayor descrédito.

La generalidad de los escritores que se han ocupado en el origen de nuestra nacionalidad, aferrados á las descripciones de los geógrafos é historiadores de la antigüedad clásica, no han procurado sacudir el yugo de una autoridad consagrada por una rutina secular, aceptando sin crítico exámen sus narraciones incoherentes, sin otro fundamento que el de su fantasía y el de las noticias vagas, incompletas y erróneas que tenían acerca del mundo, fuera de los límites de aquella parte del mismo en que habitaban.

Por otro lado, los monumentos (entendiéndose por tales toda clase de objetos de antigüedad reconocida) que la casualidad ó exploraciones intencionadas pusieron de manifiesto en tiempos pasados, no se apreciaron en todo su valor, ni menos se estudiaron como páginas elocuentes de otras edades, desconociendo que en ellos se condensa frecuentemente la historia verdadera, aunque desnuda, como decía César Cantú.

No faltaron en España hombres eminentes que se dedicaron al estudio de las antigüedades; pues si retrocedemos algunos siglos, hallaremos ya en el XVI al sabio prelado tarraconense D. Antonio Agustín; á Florián Do Campo, á Zurita y á Ambrosio de Morales, entre otros; en el XVIII (saltando sobre el XVII, por que, si bien fué el de oro de nuestra literatura y Bellas Ar-

tes, nos legó muy poco en materia de Historia antigua), sobresalieron igualmente en aquellos estudios el insigne P. Enrique Flórez, D. Francisco Pérez Bayer, D. Gregorio Mayans, el marqués de Valdeflores, con algún otro; pero todos ellos, y los que principalmente han florecido en la última centuria, tales como D. Antonio Delgado, D. Jacobo Zobel, D. Celestino Pujol y Camps, D. Juan Vilanova, D. Francisco Tubino y otros, con el sabio alemán Dr. D. Emilio Hübnér, al que la España es deudora de un monumento epigráfico tan grandioso como el que le levantó con su *Corpus Inscriptionum Latinarum Hispaniae*, dirigieron especialmente sus especulaciones hacia la Arquitectura, la Epigrafía y la Numismática; antiguas sí, pero dentro ya de la esfera y del dominio de la Historia, por lo que nada nos revelan ni pueden enseñarnos relativamente á los aborígenes ibéricos.

Los grandes descubrimientos que desde el siglo décimo-octavo hasta nuestros días vienen verificándose en Egipto, Asiria, Caldea, Persia y otros puntos del Oriente, así como en Etruria, desde tiempos anteriores, han permitido profundizar en el conocimiento de aquellas portentosas civilizaciones, y por su resultado se ha visto la necesidad imperiosa de reconstituir la Historia en muchos puntos, rectificando sucesos cuyo anacronismo ó falsedad quedaban patentes, y añadiendo otros ignorados antes; pero debiendo cuidar el historiador de no limitarse á una simple narración más ó menos ordenada de hechos pasados tenidos por verdaderos, que es como se escribía y se definía aquella ciencia, sino que, después de ordenarlos cronológicamente, habla que fijar su íntima relación y enlace, elevándose de los efectos á las causas, de los fenómenos á la ley que los rige, inspirándose, en una palabra, en la Filosofía de la Historia.

Para lograr un fin tan racional y científico, vinieron en ayuda de aquella la Arqueología, la Antropología y la Geología: abarcando la primera el estudio de los restos que el hombre nos dejó desde su aparición, ya sea en el concepto literario (Filología, Paleografía, Epigrafía) ó ya en el monumental ó artístico: la segunda, tomando al mismo hombre como un ejemplar en la escala zoológica, de la especie *homo*, estudia sus facultades físicas y psíquicas, y por medio del examen comparativo de las dimensiones y configuración del cráneo se esfuerza en distinguir y clasificar el carácter étnico de las razas humanas, y en determinar su etnografía ó las regiones que habitaron en tiempos á que no alcanzan los testimonios escritos ó monumentales, ni aún

aquellos que, como los de Egipto, Asiria y Babilonia, se remontan á cuarenta y cincuenta siglos antes de Jesucristo; y, finalmente, la Geología, desentrañando las diferentes capas que forman la corteza terrestre como resultado de las convulsiones, cataclismos y transformaciones que en un principio y por durante una larga serie de siglos hubo de experimentar nuestro planeta, las clasifica según las edades y períodos de su constitución, señalando aquellas en que aparecen los primeros vestigios de vida orgánica, vegetal y animal, y cuales pudieron ser los entes de estos dos reinos de la Naturaleza que surgieron y prevalecieron en aquellos períodos.

Veamos, sentadas estas ideas preliminares, lo que la antigüedad nos dice en sus textos escritos y en sus monumentos acerca de las gentes que ocuparon primitivamente la Península.

Si nos atenemos á la erudición, sólo á los Griegos se deben las primeras noticias sobre las regiones occidentales de Europa y, por lo tanto, sobre esta en que habitamos. Su situación geográfica al extremo del Mediterráneo, que la baña por Levante y Mediodía, habia de hacerla asequible á los primeros navegantes que surcaron sus aguas, y que, ya impelidos por la fuerza incontrastable de los vientos, ó ya con el intento de descubrir nuevas tierras donde hallar medios de subsistencia suficientes y adecuados á sus necesidades y género de vida, arribaron á sus costas. Conocidas las condiciones tan favorables no sólo de éstas, sino del interior del país, por la bondad del clima y la feracidad del suelo, cabe suponer que aquellos advenedizos fijaron definitivamente en él su residencia, y que entabladas, andando el tiempo, relaciones de comercio con otros pueblos del litoral, fué extendiéndose, paulatina é imperfectamente en un principio, y de unos en otros, el conocimiento de todos ellos. Así, y sin que sea dable en mi concepto asegurar cual fuese el verdadero conducto por donde llegaron á la Grecia las primeras nociones referentes á este tenido entonces por extremo del mundo, apoderándose de ellas los poetas y geógrafos las abultaron á maravilla, y las exornaron con los brillantes colores que la fantasía de los primeros y la imaginación de los segundos podían prestarles, y que se revelan en las fábulas y leyendas en que los albores históricos de España aparecen envueltos.

Aquella facultad prodigiosamente inventiva que supo producir tantas divinidades olímpicas y tantos héroes legendarios, debia de inventar forzosamente empresas y hazañas conformes á



la sublime grandeza de unos seres celestiales, ó superiores, cuando menos, al común de los mortales. De aquí la venida de Hércules al frente de ejército poderoso para arrebatarse los ganados de Gerión, monstruo de tres cabezas, al que venció y mató; la erección de las dos famosas columnas de su nombre en el Estrecho, y su dominación en toda la Iberia, en la que dejó al partir algunos de sus compañeros de empresa y varios colonizadores procedentes de Mesenia y de Lacedemonia. De aquí la expedición de Pan, jefe de los ejércitos de Baco, y el nombre de Hispania, esto es, tierra lejana, según Plutarco, que de aquel se dió á la Península y adoptaron los romanos con preferencia al de Iberia, usado por los Griegos.

Trogo Pompeyo, historiador latino del siglo I a. de N. E., y su compendiador Justino (siglo II d. de J. C.) nos hablan de la estúpida guerra de los Titanes contra los Dioses, en Tartesis, ciudad inmediata al Tarteses, el Betis de los romanos y nuestro Guadalquivir, entre cuyos reyes fueron los más famosos Galgoris y Habides, salvado éste milagrosamente de las repetidas asechanzas de aquél, su abuelo materno, con el fin de matarlo, por haberle tenido su hija fuera de matrimonio.

Comentando Estrabón algunos pasajes del cantor de Ulises, afirma que no es sólo en las costas de Italia y de Sicilia en donde pueden encontrarse vestigios de los relatos homéricos, sino en la misma Iberia, como lo probaba la existencia en ésta de una ciudad llamada *Odisea* (próxima á Abdera), un templo de Minerva y muchos otros indicios y rastros de las aventuras del infortunado héroe. Asegura igualmente el mismo historiador y geógrafo que Homero debía de conocer la Tartésida, por cuanto en aquella región ibérica colocó los Campos Elíseos, *tierra feliz donde los humanos pasan sin interrupción días venturosos: en la que no se conoce la nieve, ni el frío, ni la lluvia enturbia la nitidez de los cielos, en la que los dulces alientos que recibe del Océano llevan con suave murmullo un frescor delicioso.....* (1).

Si aceptamos la opinión de un distinguido escritor francés de nuestros días, la misma isla de Calypso con su encantada gruta, lugar del cautiverio de Ulises, no era otra que la España. En efecto, ocupándose Mr. Ph. Champault de la obra publicada por Víctor Berard con el título de *Les Phéociens et l'Odyssee*, con

---

(1) Homero, *Odís.* Canto IV.

el fin de reconstituir en algunos puntos la geografía y la historia del Mediterráneo, sostiene que no es en la isla del Peregil, en la costa de Marruecos, donde debía de hallarse aquella caverna tan mágicamente descrita por Homero en el canto V del poema, como sostiene dicho autor, sino en España, junto al Peñón de Gibraltar, por convenir este paraje con la afirmación del poeta de que la diosa habitaba en los alrededores de la columna que sostiene al cielo en los límites del Occidente, y por coincidir la misma gruta con la que describe el poeta árabe Edrisi, quien, refiriéndose á Gibraltar, dice que «del lado del mar, junto al puerto de los árboles, se vé una vasta caverna de la que fluyen dos manantiales de agua viva», detalle que falta completamente en la de la isla africana, en cuyo interior debían de brotar cuatro fuentes según la Odisca.

Mr. Champault funda, además, su opinión en que la distancia que media entre Gibraltar y la isla de Ischia, que él afirma ser la famosa Schéria, puede salvarse en diez y siete días con diez y siete noches, que fué el tiempo empleado por Ulises desde que libre de su largo cautiverio, emprendió la navegación hasta su arribo á la isla expresada (1).

En medio de todas estas fábulas, ó atrevidas narraciones, y de otras que omito en obsequio á la brevedad, no puede menos de traslucirse, con mucha antelación á los tiempos homéricos, un vago y obscuro conocimiento de la existencia de nuestra Península en el extremo occidental de la tierra; vaguedad que subsistió hasta los siglos inmediatos á la venida de los romanos, sin que bastaran á disiparla, ni las supuestas remotas expediciones marítimas de los Fenicios por el Mediterráneo occidental y por el Atlántico, hasta las islas Cassitérides, en busca del estaño, ni su establecimiento en la Península como colonizadores, ni los mismos Griegos con sus famosas colonias en nuestras costas y en las de la Galia.

Sostienen reputados autores modernos que los Fenicios no tenían medios ni aptitud para emprender aquellas navegaciones en los lejanos tiempos en que se les supone, que algunos remontan hasta la guerra de Troya, por cuanto en el comienzo de su historia no eran sino un pueblo pequeño y miserable, sin otros barcos que los precisos para la pesca, impropios para separarse de su limitado litoral, y por que, prescindiendo de esto, no tarda-

---

(1) Revista *La Science Sociale*. 1902, pág. 417.

ron en quedar sometidos sucesivamente á los Egipcios, Asirios y Persas, sin haber constituido jamás una nacionalidad propia, ni alcanzado otra civilización que la peculiar de aquellos prepotentes imperios. Se supone, además, á los Fenicios, á la terminación del largo reinado de Ramsés II en Egipto (siglo XIV antes de J. C.) como piratas, ladrones y sanguinarios.

Todo esto no se compadece con lo que otros escritores de autoridad reconocida exponen sobre una invasión de la Siria por los Cananeos, en un período sincrónico con la de los Hicsos ó reyes pastores en Egipto (siglos XXII ó XXI a. de J. C.); durante cuya dominación los Fenicios, nombre que los griegos dieron á los Cananeos, desarrollaron sus condiciones y elementos de prosperidad y civilización en sus famosas y florecientes ciudades de Tyro, Sidón y Arados, que tan activo comercio sostuvieron con Egipcios, Asirios y Griegos. Aunque admitamos que aquel pueblo tardó todavía bastantes siglos en alcanzar tal grado de progreso, no sería improbable que hubiese llegado á él en el siglo X antes de N. E., época en que se cree escribió Homero sus obras, y que su decadencia no fuera muy acentuada al quedar sometido á los Babilonios en 573 por Nebukadnezar, ó á los Persas por Ciro en 536, ó cuando, finalmente, Alejandro Magno logró en 332 la conquista de la opulenta Tyro.

El texto griego más antiguo en que se hace mención de los Iberos parece haber sido el periplo atribuido á Scylax de Caryanda, geógrafo del siglo IV a. de J. C. y contemporáneo de Aristóteles (1).

Empieza la descripción de su viaje desde las columnas de Hércules, exponiendo que los primeros habitantes de Europa eran los Iberos, y que antes de Emporiæ había un río llamado Ebro, como también una gente Ibera.

Varrón, calificado por Quintiliano de *Vir Romanorum eruditissimus*, que escribía en el siglo primero a. de J. C., cita á los Iberos en primer lugar entre los pobladores de España, á los que siguen en orden los Persas, los Fenicios, los Celtas y los Cartagineses. Así lo confirma Plinio el viejo ó el Naturalista: *In uni-*

---

(1) H. D'Arbois de Jubainville, *Cours de Littérature Celtique*, t. XII, páginas 11 y 56. Este eruditísimo y sabio escritor, en su obra *Les Premiers Habitants de l'Europe*, t. I, L. I, c. III, dice que el periplo de Scylax respecto de las costas de España, parece ser contemporáneo de Hecateo, fines del siglo VI, ó principios del V.

*versam hispaniam M. Varro pervénisse Iberos et Persas et Phoenices, Celtasque et Poenos tradet*, dice en el libro III de su Historia Natural.

Esta teoría ha sido aceptada por lo general, y es la que aparece en casi todas las obras de Historia de España desde los tiempos de Varrón, pues si bien Estrabón, y con él no pocos autores, hacen caso omiso de los Persas, es porque en el texto de Varrón, Persas y Fenicios deben entenderse como sinónimos políticamente, en virtud de estar sometidos los segundos á los primeros en la época á que se refiere (1).

Con el nombre de Iberos no quiso significarse una raza particular distinta de la que ocupó primitivamente otras regiones, tanto del Norte de Africa como del lado allá de los Pirineos y del litoral europeo del Mediterráneo, pues las conexiones étnicas entre los habitantes de todas ellas son evidentes. Ni aquella denominación expresa la idea de que los primeros pobladores de España procediesen del Occidente del Asia, de la limitada región que entre el Cáucaso y el mar Caspio se llamó Iberia, como pretenden distinguidos historiadores; sino que del *Ἰβηρ* griego, y del *Iberus* latino, con que los antiguos designaron el río Ebro se formaron las voces de *Ibero* é *Iberia*, aplicadas á la Península y á sus habitantes, desde los Pirineos al Estrecho de Gibraltar y desde el Mediterráneo al Atlántico; y aun se extendieron aquellas voces, en un principio, á la Galia meridional y orilla derecha del Ródano, hasta que los Ligures conquistaron el litoral entre este río y los Pirineos, lo cual pudo tener efecto á fines del siglo VI a. de N. E., desde cuyo tiempo quedaron dichos montes por límite septentrional de la Iberia.

En este sentido lato usaron los repetidos nombres de Ibero é Iberia algunos geógrafos é historiadores de la antigua Grecia, como Herodoro de Heraclea, siglo V a. de J. C., cuando en su obra sobre Heracles dice que los Cunnetes, habitantes de las orillas del Guadiana, y los Tartesios, de las del Guadalquivir y demás tierras hasta frente las Baleares, eran de raza Ibérica: «un pueblo, en fin, que llegaba á la orilla derecha del Ródano». Thucydides y Philisto de Siracusa se expresan en el propio sentido respecto de los Sicanos, ribereños del Sicano, hoy el Júcar.

En el citado periplo de Scylax, del que se sirvió Rufo Festo

---

(1) D'Arbois, ob. cit. t. XII, pág. 33.

Avieno nueve siglos después para su *Ora marítima*, ó descripción de las costas del Mediterráneo, la voz Iberia venia á expresar tan sólo el N. E. de España, por cuanto se habla de los Iberos en contraposición de los Tartesios. El mismo sentido restringido usó Herodoto en el libro primero de sus historias, y adoptaron también Eforo, un siglo después, y Scymno de Chio, en su *Periegesis*, en el siglo primero a. de N. E., al decir que después de los Libiofenicios estaban los Tartesios y, después de éstos, los Iberos. En uno ú otro sentido, Iberia era una expresión geográfica más que de raza, toda vez que en su extensión territorial habitaban pueblos con distintas denominaciones (1).

En cuanto al origen y procedencia de los Iberos en general, dos son las teorías que han alcanzado mayor predicamento entre las que se han expuesto desde la aurora de la Historia, sin que á pesar del brillante ropaje con que se las presenta, y del derroche de erudición de que hacen gala sus mantenedores, pueda la critica serena é imparcial hallar en cualquiera de ellas pruebas fehacientes de estar fundada sobre sólidos cimientos para ofrecer la resolución del problema.

Mr. D'Arbois de Jubainville, al tratar de los Iberos, pregunta de dónde proceden, y dice: «Parecen ser los descendientes de aquellos diez millones de Atlántidos que según Theopompo vinieron á establecerse en el país de los Hiperbóreos. Los que novecientos años antes de Platón dominaron en el Occidente de Italia y Norte de Africa hasta las fronteras del Egipto. Dueños desde entonces de la España, Galias, Italia, Islas Británicas y Córcega y Cerdeña sufrieron después desastres sin cuento, siendo su historia la de las conquistas efectuadas en su daño por los pueblos guerreros que sucesivamente los sometieron á su yugo» (2).

No ignoráis, sin duda, que la supuesta existencia de un extenso continente en el mar Atlántico, no lejos de las costas occidentales de España y de Africa, procede de una tradición que unos sacerdotes egipcios refirieron á Solón, repetida luego por

---

(1) No será ocioso advertir que la voz *raza* ha de tomarse en todos estos casos en el sentido etnográfico, y no en el antropológico, pues con harta y lamentable frecuencia historiadores y arqueólogos confunden ambos conceptos, dando lugar á las más absurdas teorías sobre el origen y carácter étnico de una nación ó porción de ella.

(2) *Les Premiers Habitants de l'Europe*, t. I, L. I, c. III.

Platón en su *Tineo* y en su *Cretia*, y más tarde por Poseidonio, Marcellus y otros autores de la antigüedad, en cuyas obras abundan las fábulas y errores de todo género. En el siglo XIV antes de N. E., en que se supone que tuvo lugar la invasión de los Atlantes, centenares, si no miles, de generaciones, se habían ya sucedido en esta Península, desde un tiempo que por lo remoto está fuera del alcance de todo cálculo humano. Es, pues, la teoría Atlántida uno de tantos mitos como los clásicos de la Grecia nos legaron sin fundamento alguno científico para elevarlo á la categoría de hecho histórico (1).

Descartada esta teoría, veamos la de los Iberos del Asia, que ha contado con mayor número de prosélitos. Afirman éstos, que de un pequeño territorio comprendido entre el Occidente del mar Caspio y las faldas meridionales del Cáucaso, al que los antiguos denominaron Iberia, y que hoy comprende la Georgia, numerosísimas tribus salieron impelidas probablemente por otras de su misma raza, que como aquéllas descendían de las orillas del Aral, dirigiéndose por el Sur del antiguo Ponto Euxino hacia el Bósforo, que atravesaron, y deteniéndose algún tiempo en el Sur de la Tracia, donde dieron su nombre al río *Ebrus*, levantaron de nuevo sus tiendas; y dejando por allá algunas gentes que llevaron nombres omónimos de otros pueblos que después aparecen en la Península, continuaron la ruta que, al parecer, se habían trazado hacia el Poniente. Cruzaron la Tracia, la Mesia y la Iliria, en los confines del Adriático, y por las costas venecianas, orillas del Po y litoral Mediterráneo de Italia y la Galia llegaron á las faldas septentrionales de los Pirineos, cuyo territorio ocuparon y denominaron Aquitania. Entre tanto, siguen afluyendo otras y otras tribus de Iberos que, dejando el camino ya tan trillado de la Aquitania, continúan por las costas del Mediterráneo, penetran en las hasta entonces innominadas tierras españolas, levantan la Iluro marítima, y llegan por fin al caudaloso río que llamaron *Iberus* en recuerdo del de la Iberia del Cáucaso y del de la Tracia, fundando á orillas de aquél una ciudad con el mismo nombre.

---

(1) Venturoso mito, sin embargo, que comprende el de la feliz mansión de las Hespérides, pues que al cabo de veintiséis siglos vino á enriquecer la literatura catalana con una de las creaciones más inspiradas y eminentes que haya producido el estro de un hombre, desde los tiempos homéricos.

Tal es en compendio el cuadro que la generalidad de los historiadores, y especialmente uno de los más conspicuos de los que cultivan hoy nuestra Arqueología, nos ofrecen de aquellas ingentes invasiones en la España primitiva, á la sazón sin nombre y despoblada, asentándose primero en esta parte oriental, extendiéndose luego desde el Ebro al Betis y, desde éste, por el *Anas* (Guadiana) el Tagus y el *Durius*; es decir, por toda ó casi toda la Península, formando pueblos que tomaron más adelante distintos nombres, como los de Edetanos, Contestanos, Bástulos, Turdetanos, etc., todos Iberos, como lo eran los que desde los Pirineos al Ebro y desde el Mediterráneo al Gállego se distinguieron también con diversos apelativos.

Y bien, señores, semejante teoría, no obstante el justo renombre y la vasta erudición de sus adeptos, robustecida con profusión de citas de autores antiguos y modernos, de dentro y fuera de España, no está en mi humilde concepto, bastante fundada en la Arqueología ni en buenos principios de crítica histórica y filosófica. Además de que no existe, ni hay memoria de que haya existido jamás, monumento alguno que pruebe la identidad de origen entre los Iberos del Cáucaso y los de España, lo que negó ya Avieno, afirmando que no concordaban ni en el idioma ni en las costumbres: sobre que aún admitida la posibilidad de que de un territorio tan reducido como el que los Griegos llamaron la *Chólquida* salieran á borbollones aquellos enjambres de hombres impelidos por exceso de población, ó por invasiones de otros pueblos, no una ni pocas veces, sino en corriente no interrumpida y durante siglos, con intento preconcebido de llegar, paso á paso, á través de vientos y tempestades y por comarcas feracísimas, á este último confín de la Europa, desconocido por los que en siglos posteriores arribaron á sus playas y le llamaron Hispania por su lejanía y ocultación: sobre que la fecha aproximadamente del siglo vigésimo a. de N. E., que se indica como la en que pudieron haber tenido lugar semejantes éxodos é invasiones de pueblos orientales en Europa, no se compagina con lo que los monumentos de Egipto, Asiria y Babilonia han revelado sobre el estado de aquellos pueblos en tiempos anteriores y posteriores á la fecha indicada, por lo que ilustrados orientalistas no conceden á las emigraciones de tales tribus mayor antigüedad de la del siglo VII a. de J. C.; sobre todo esto, y prescindiendo de las dificultades insuperables que en tiempos tan atrasados había de ofrecer una peregrinación semejante por

tierra, sin vías de comunicación, ni elementos de transporte y de vida capaces para el incesante tránsito de tan apretadas muchedumbres, que cual reguero de asoladora langosta debían de esquilmar la tierra que hollaban, tendríamos que, cuando el Egipto contaba ya con más de veinte siglos de civilización, conociendo el arte de navegar y la escritura, y España había estado en comunicación con él, según monumentos epigráficos del tiempo de la XVIII dinastía, en los reinados de los Ramsés II y III (siglo XV a. de J. C.) pues representan á los Tartesios coaligados con pueblos de la Tracia y del Asia Menor contra la pujante acometividad de los dominadores del Nilo, esta privilegiada región de la Europa occidental estaba despoblada, sin que antes de las irrupciones de los Iberos hubiera el hombre aparecido en ella, ni menos pasado por aquellos grados de ruda civilización y actividad que caracterizan las edades que dentro del periodo cuaternario se clasifican en la de la piedra tallada, ó paleolítica, y en neolítica, ó de la piedra pulida; edades confirmadas en nuestra península por repetidos descubrimientos prehistóricos, cuyo carácter y antigüedad sincrónica con otros análogos del extranjero se hallan reconocidos por eminentes arqueólogos.

Lo que acabo de exponer acerca de los Iberos del Asia puede aplicarse á los Vascos ó Vascones, en cuanto no faltan autores que los anteponen á los mismos Iberos como primeros pobladores de la Península. Su origen, su antigüedad y su lengua hablada han sido temas obligados de laboriosos estudios y disquisiciones sin cuento por parte de afamados historiadores, numismáticos, filólogos y antropólogos, españoles y extranjeros, engolfándose á menudo en laberínticas lucubraciones etimológicas, con las más peregrinas teorías y las consecuencias más atrevidas que pueden imaginarse.

La cita y juicio crítico de tantos ingenios que se aplicaron á tan ardua empresa sería harto prolija y poco ó nada pertinente á mi propósito; basta decir, para que se comprenda el grado de ofuscación y las exorbitancias en que incurrieron los más recalcitrantes vascófilos, rebuscadores de etimologías, raíces y toponimias, que afirman que el vasco fué la lengua de que el mismo Dios se sirvió para dictar sus preceptos é instrucciones á nuestros primeros padres: que surgió de la confusión de las lenguas en la Torre de Babel: que la habló Tubal, primer poblador de España: que en ésta fué la lengua primitiva universal, siendo



vascones los nombres más antiguos de España, de sus provincias y de sus ciudades; con otras tamañas aseveraciones.

En cuanto á si los vascones fueron ó no los primeros pobladores de la Península, creo que tan errados andan los que están por la afirmativa como los que les suponen, así como á los Iberos, de origen escita, procedentes de aquellas tribus que, descendiendo del Noreste de Europa y del Noroeste del Asia, impediendo á otras que les habian precedido, se asentaron por las riberas del Caspio y por las estepas del Irán con los nombres de Medos y Persas, en los siglos VIII y VII a. de J. C.

Si tales tribus emprendieron algunas emigraciones hacia el Occidente de Europa, no resulta probado que llegaran á esta Península. Según un texto escrito que se atribuye á Hecateo de Mileto (540 á 475 a. de N. E.) los Escitas ocupaban en los siglos referidos el Norte de la Grecia, y en Asia las orillas del mar Caspio, al Norte de la Media. El texto expresado está comprendido en los 331 fragmentos de una obra en la que Hecateo explicaba, al parecer, una carta geográfica trazada por él mismo y grabada en bronce.

Los fragmentos 3 al 16 se refieren á España, y en ellos se hace mención de cinco pueblos que la habitaban, sin que entre los mismos figuren los vascos, ni se haga la menor alusión á la procedencia escita de ninguno de aquellos (1).

Eran dichos pueblos: los *Tartesios*, al Mediodía; al Occidente de éstos los *Cynetos*; al Norte los *Cepmses*, tocando á los Pirineos; al Este, entre los Pirineos y el Ebro, los *Gletes*; y los *Saefes*, cuya situación no aparece bien determinada; pero se les supone más al interior, entre los *Cynetos* y los *Cepmses*.

De aquí se desprende que el territorio donde aparecen luego los Vascos estaba ocupado en el siglo VI a. de J. C. por los *Cepmses* y los *Gletes*; ocupación que confirman otros textos contemporáneos del de Hecateo, como los periplos de los Cartagineses Himilcon y Hannón, que hacia el año 500 hicieron viajes circulares por mar, y los describieron después. El texto de Himilcon, traducido probablemente al Griego, y el periplo del masaliota Pytheas, que por los años 330 al 340 navegó por las costas occidentales de España, las Islas Británicas y mares del Norte, fueron las fuentes en que se inspiró el Alejandrino Era-

---

(1) D'Arbois de Jubainville, *Cours de Littérature Celtique*, t. XII, página 17, loc. 2.<sup>a</sup>.

tóstenes para su grande obra geográfica, en la que cita á los Celtas, Galates ó Galos, como establecidos en su tiempo, siglo III antes de J. C , en la mayor parte de la Península ibérica hasta Cádiz, si bien cita también á los Cempses y Sacfes entre los dominadores de ésta, situados en el territorio que posteriormente ocuparon los Celtas.

A fines del siglo I y principios del II de N. E., Diónisio el Perigieta, poeta y gramático de Bitinia, compuso en griego un poema, compendio de geografía, ó descripción del mundo, en el cual hace mención de los *Kempses*, como del pueblo más importante entre los que antes de los Celtas ocupaban el Noroeste de la Península hasta los Pirineos: «Hay en la Europa meridional, dice el geógrafo griego, tres penínsulas (*κρηπίδες* es decir, botas): 1.º la de los Iberos; 2.º la de los Helenos; 3.º la de los Ausones, la Italia. La de los Iberos toca el Océano al Oeste. Allí se encuentra el promontorio de Alyba (Calpe) que es una de las columnas de Hércules; más allá está la risueña Tartesia, que sólo poseen las personas ricas, y después los Kempes al pie de los Pirineos.»

Rufo F. Avieno, traduciendo, tres siglos después, al Perigieta dice:

Hic Hispanus ager, tellus ibi dives Hiberum  
Tartesiumque super attollitur: indeque Cems  
gens agit in rupis vestigia Pyrenææ  
protendens populos (1).

De modo, señores, que los Vascos no figuran, en aquellas obras más antiguas que tratan de Geografía, entre los primeros habitantes de la Península; y si geógrafos é historiadores de siglos más adelantados les citan, como lo hace el mismo Avieno, que los coloca en el interior de las tierras, entre los Ketes y el Ebro, no les atribuyen por eso mayor importancia ni antigüedad que á otro pueblo cualquiera de los citados; lo cual no concuerda con la opinión de los enardecidos vascófilos al pretender que toda la primitiva población de España fué de origen vasco, y los actuales Vascongados los genuinos descendientes y representantes de ella.

Pero después de todo, si los Vascos fueron en su origen tri-

---

(1) D'Arbois, ob cit., t. XII, págs. 36-44.—Avieno, *Orbis terræ*, versos 479-482.

bus emigrantes de las regiones paradisiacas del Asia, y los primeros pobladores de España ¿cómo se comprende que vinieran á parar y asentarse en la parte más abrupta, incultivable y fria de toda ella, cuando podian escoger á su arbitrio, con holgura y sin oposición de nadie, otra de las muchas favorecidas por el Criador con los dones de una naturaleza feraz y benigna? Bajo de este concepto, puede aplicarse á los Vascos lo que Tácito dijo de los Germanos, que los creía indígenas, por que no podía imaginar quien hubiese dejado el Asia, la Italia ó el África para ir á establecerse en un país tan rudo, triste y salvaje, como la Germania, á no ser su propia patria (1).

Tratando nuestro P. Mariana, en su conocida Historia General de España, de como los Celtas, Asirios y Rodios vinieron á poblarla después de fabulosas calamidades, dice: «Así venida la ocasión, con mujeres, hijos y hacienda vinieron los pueblos enteros á morar en ella, y de la provincia yerma cada cual ocupó aquella parte que entendia ser más á su propósito, sea para los ganados que traía, ó por ser aficionados á la labor de la tierra.» Esto es lo natural; lo que debió de suceder á ser cierto el relato del historiador español; y aunque respecto de los Vascos no se dice que trajeran ganados y que conocieran la agricultura, sí, como se pretende por algunos autores, eran de raza turania, sus costumbres habían de ser salvajes, como eran la de los Finenses, de igual origen, desconocedores de todo elemento de civilización, y alimentándose de la caza y de frutas silvestres, que sería cuanto en aquellos tiempos primitivos podrían obtener de un suelo pobre, de montes escarpados y bosques espesos, más propios para guaridas de fieras que para moradas de hombres.

Y esto es precisamente lo que han venido á demostrar las exploraciones que se prosiguen hoy en unas grutas de Landarbaso, no lejos de San Sebastián, en las que se han hallado abundantes restos de animales antediluvianos, como el Oso de las cavernas, el Mammut, el Reno, tigres, hienas, etc., con sílex tallados y otros objetos de la industria más primitiva y rudimentaria del hombre.

Concluiré acerca de los Vascos, citando la opinión de Mr. Ro-

---

(1) Tácito, *Germania*, II.—No se olvide un momento que trato de los tiempos primitivos, pues harto sabido es que, hoy, el territorio vasco, por la laboriosidad, ilustración y cultura de sus habitantes, forma tres de las provincias más hermosas, ricas y adelantadas de España.

get, Barón de Bellunguet, con la que estoy enteramente de acuerdo. Tratando de ellos en su obra *Ethnogenie Gauloise*, dice: «los Vascos son, pues, Vascones Y estos ¿qué son?: sencillamente Iberos».

Oísteis que el P. Mariana cita á los Celtas como los primeros que vinieron á poblar la Península después de los tiempos fabulosos y de calamidades asoladoras, pues no sólo figuran así en el plan cronológico de su Historia General, sino en orden de prelación respecto de Asirios y Rodios. Mas, hemos visto antes, que ni Hecateo, ni Himilcon, ni Hannón comprenden á los Celtas entre los pueblos que ocupaban la Península hacia principios del siglo v a. de J. C. En efecto, hasta medio siglo después no parece que aquellos invasores hubiesen penetrado en España, según se desprende de dos pasajes de Herodoto comprendidos en sus famosas historias, y escritos entre los años 445 á 433 del mismo siglo v. En el primero dice que el Danubio (*Istros*) empieza en el país de los Celtas, en la ciudad de Pýrene, y que los Celtas habitaban fuera de las columnas de Hércules, vecinos de los Cynessi, último pueblo de la Europa occidental (L. II, c. 33). En el segundo (L. IV, c. 49), insiste en lo mismo, si bien omite lo de la ciudad pirenaica (1).

El buen padre de la Historia, que refiriéndose probablemente á Anaximandre, autor de la primera carta geográfica de que se tiene noticia, y á Hecateo y sus copistas, dice: «Yo me río cuando veo que tantos han escrito descripciones de la tierra y que ninguno de sus relatos tiene sentido común: hacen correr el Océano alrededor de la tierra, que representan redonda como si se la hubiera fabricado al torno, y dan á la Europa igual extensión que al Asia» (L. IV, c. 36, § 2); el que así se mofa de los

---

(1) D'Arbois de Jubainville, Ob. cit., t. XII, lecciones segunda y tercera. No ha de extrañarse que cite tan amenudo á este sabio historiógrafo, teniendo á la mano su última obra, en la cual se hallan compendiadas, con erudición pásmosa y recto sentido crítico, cuantas fuentes literarias deban consultarse sobre los Celtas. El insigne P. Fita dedica al tomo XII de la obra de M. D'Arbois un extenso artículo crítico, excelente como suyo, en el que dice que debería difundirse por España la lectura y aun la traducción de aquél (*Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. XL, pág. 529). Mr. C. Jullian dice que el libro de Mr. D'Arbois será el primero que en adelante deberá leerse cuando se quiera iniciarse en la Historia de la Galia y en el modo que se formó. *Revue Historique*, t. LXXXI. pág. 80, *Bulletin Historique*.

geógrafos que le precedieron, incurre en el craso error de afirmar que el Danubio nace en la ciudad de Pirene, esto es, en los Pirineos. Por este y otros tropiezos é invenciones en que incurrió, aconsejan autores y críticos sensatos que se lea con gran cautela, no ateniéndose precisamente á la letra, sino á lo que quiso expresar; y fué también por lo mismo, que Cicerón, gran admirador suyo por el esmerado estilo y forma agradable con que supo revestir sus relatos, le tildara de grande inventor de fábulas: *Quamquam apud Herodotum, patrem historiarum, et apud Teopompum, sunt innumerabiles fabulae* (De Legibus L. I, C. 1.º, 5). A pesar de todo, las obras de Herodoto han constituido en todo tiempo una de las mejores fuentes literarias de la antigüedad, y su doctrina acerca de los Celtas prevaleció entre los escritores griegos y romanos de los siglos posteriores, como Eforo, Varrón, Estrabón y muchos otros cuyas obras suelen estar generalmente inspiradas en las de sus antecesores.

Eforo, historiador de mediados del siglo IV a. de N. E., cita los pueblos que ocupaban los cuatro puntos cardinales del mundo: «al Oriente los Indos, al Mediodía los Etiopes, al Occidente los Celtas y al Norte los Escitas». Los Celtas eran dueños de la mayor parte de la Península Ibérica hasta Cádiz, según este autor; de modo que se habían extendido desde el Noroeste, sobre los *Cynessi* ó *Cynetes*, donde los supone Herodoto, por todo el Centro y Mediodía de la Península; y, en mi opinión, por estas comarcas del Levante, ocupadas entonces por pueblos de estirpe ibérica, y cuyos nombres de Indigetes, Laletanos y otros nos transmitieron los latinos.

Un ilustrado escritor catalán afirmó que en Cataluña sólo puede señalarse un foco celta de poca importancia, siempre inferior al elemento ibérico, en Urgell, Pallás y la Cerdaña, y que en todo lo demás del Principado no habitaron aquellos invasores (1). La Arqueología, que con su incontrastable empuje tantos errores históricos ha desvanecido, nos ha demostrado con elocuente lógica que los Celtas se asentaron, al traspasar los Pirineos, en el territorio que hoy forman las provincias de Barcelona y Gerona.

La Necrópolis ante-romana descubierta en Cabrera de Martaró, es sin género alguno de duda una estación ibero-celta; tan celta en lo que tiene de tal, como la más genuina y auténtica

---

(1) *Origen y Fonts de la Nació Catalana*, por D. S. Sampere y Miquel.

que haya sido descubierta en las Galias y demás naciones de Europa, en las que los Celtas dominaron por algunos siglos; y no digo en España, porque si bien en todas sus historias se habla mucho de los Celtas, no se señalan monumentos de verdadero carácter céltico hallados en ella, demostrado ya el error de atribuir á aquellos invasores los dólmenes y otros monumentos llamados Megalíticos.

En la Memoria sobre la referida Necrópolis, afirmé que las espadas y demás armas ofensivas de hierro, los escudos, las fibulas y los fusayoles, por su materia y por su forma, ofrecen idéntico carácter que los objetos de la misma clase encontrados en Francia, Italia, Suiza, Dinamarca y otros países; carácter reconocido y definido como céltico desde que fué descubierto y estudiado el establecimiento sobre pilotes de la *Tene*, en el lago de Neufchatel (Suiza), según el excelente estudio que Mr. Hildebrand, conservador del Museo de Estocolmo, publicó acerca del mismo establecimiento.

Además de dato tan elocuente como el que por su materia y forma nos ofrecen los objetos que para su defensa y adorno usaron los habitantes preromanos de las faldas de Burriach y Montcabré, nos patentizan también su nacionalidad céltica los usos y ceremonias sepulcrales que observaron en sus entierros, con su sistema de incineración y el banquete fúnebre, tan distinto todo de lo que nos revelan las sepulturas de inhumación del tiempo de los romanos descubiertas en España, inclusa la comarca misma de Mataró.

El carácter indígena, ó puramente ibérico, lo evidencian en aquella estación arqueológica muchos de sus vasos y urnas cinerarias, semejantes en la forma á los más antiguos hallados en otras regiones españolas; así como la cerámica fina y artística parece importada de la Etruria ó influida por el arte etrusco ó por el griego, debida á las colonias griegas de Rhode y Emporiae y á las comunicaciones sostenidas con los pueblos del litoral del Mediterráneo.

Al decir que los Celtas habitaron también en la provincia de Gerona, entre los antiguos *Ketes* ó Ceretanos, como les llamó Estrabón, me fundo en algunos objetos, como fibulas, espadas; puntas de lanza y fusayoles semejantes á los de Cabrera, que hace años se conservaban en el palacio señorial de los condes de Perelada.

Supongo que aquellos objetos, de los que conservó unas fo-

tografías, procederían de la misma localidad, ó de alguna inmediata, y que no serán los únicos hallados en la comarca.

Mas, si la Arqueología no nos demostrara de modo tan palmario la presencia de los Celtas en esta parte oriental de la Iberia, me induciria á tenerla por cierta la consideración de la amistad y alianza política que existió entre aquéllos y los Griegos, tanto de España como de la Galia y de Italia, habiéndose coaligado en las tres guerras que los primeros sostuvieron en los siglos v y iv a. de J. C. contra los Cartagineses, los Etruscos y los Ilirios. Eran los Celtas tan adictos á los Griegos que Estrabón, con referencia á Eforo, dijo que eran φιλέλληνες, esto es, amantes de los helenos (1).

Pues bien, establecidos los Rhodios y Foceos en sus colonias de este litoral, y extendida su influencia preponderante por el país mucho antes de la invasión de los Celtas, nada más natural que al cruzar éstos los Pirineos se detuvieran, en mayor ó menor número, y fijaran su residencia en una región de tan atractivas y favorables condiciones como ésta, bajo la égida amistosa de sus aliados, sometiendo de grado ó por fuerza á los indígenas, como lo fueron haciendo con los demás de la Península, hasta mezclarse con ellos y formar un solo pueblo.


El argumento capital de que se sirven los que niegan la existencia de los Celtas en Cataluña, se funda en el tipo y símbolo de las monedas ibéricas acuñadas en esta parte de la España Citerior; las que, según aquéllos, ostentan todas en el reverso el ginete con palma al hombro, mientras que las de la Celtiberia, en la Ulterior, presentan al ginete con lanza en ristre.

Esta clasificación, que por el deficiente conocimiento de las emisiones ibéricas pudo tener su razón de ser cuando los eminentes numismáticos D. Antonio Delgado, D. Jacobo Zobel y algunos de sus discípulos la consignaron en sus obras, no es sostenible desde que se vió que las piezas más antiguas salidas de las cecas de dos pueblos ausetanos, *Arco-Gelia* é *Yaitobietes*, ofrecen el ginete con lanza en ristre. Pero ¿qué más? las monedas acuñadas en Iluro, en la Iluro de la necrópolis de Cabrera, ostentan indfectiblemente el ginete con lanza. De modo que, á ser exacta la teoria de que sólo en donde dominaron los Celtas se acuñaron monedas con semejante símbolo, tendria-

---

(1) D'Arbois de Jubainville. *Les Premiers habitants de l'Europe*, tomo II, L. 1.º, c. III; y *Cours de Littérature Celtique*, L. XII, pag. 59.

mos en aquellas la prueba más decisiva de que la ELVRO de que habla Pomponio Mela, ó la *Iluvo* de Plinio, que ambos colocan entre *Bætulo* y *Blinda* (Badalona y Blanes) estuvo ocupada por los Celtas. Y no se arguya con que aquellos numismáticos y otros atribuyen las monedas que, como las referidas llevan la le-

yenda  á otras poblaciones, como Liria en Valencia, ó Alcalá de Chisvert en Castellón, porque si el gran número de ejemplares que figuran de las mismas en las colecciones de Cataluña no probaran su procedencia *laietana*, las cuatro magníficas piezas, flor de cuño, que aparecieron en el terreno de la necrópolis demostrarían con evidencia que por allí estuvo la ceca en que se acuñaron.

Conviene tener presente que la emisión de monedas ibéricas no empezó en la España Citerior hasta mediados del siglo III antes de J. C., ó poco antes del tratado de Sagunto entre Cartagineses y Romanos, de 226; de suerte, que habían trascurrido dos siglos largos desde que los Celtas penetraron en la península, y que si bien la numismática española alcanzó un notabilísimo progreso con los profundos estudios y brillantes obras publicadas por los citados Sres. Delgado y Zobel de Zangroniz, vigorizado después por otros esclarecidos ingenios que se han dedicado á esta rama de nuestra Arqueología, lo que es tocante á la interpretación de las leyendas é inscripciones con letras ibéricas nos hallamos á la misma altura que tres siglos atrás, cuando el sabio D. Antonio Agustín refiriéndose á ellos en sus *Diálogos de medallas, inscripciones y otras antigüedades*, dijo: «Lo cierto es que no las entendemos». No ha mucho que el insigne maestro Hübner hizo, con ingenuidad laudable, una confesión análoga, refiriéndose á unas inscripciones ibéricas halladas en la zona minera de Asturias (1).

Sucede con el alfabeto ibérico lo mismo que con el etrusco, cuya afinidad común salta desde luego á la vista. Se ha llegado respecto de éste á transcribir las muchas inscripciones que se conocen, relacionando sus letras con las del alfabeto griego arcaico, del cual se cree originario; pero en cuanto al sentido cabal de las palabras nada se trasluce, y el enigma de su significación continúa impenetrable.

(1) *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. XXX, páginas 244 y 246.



Esto envuelve la ignorancia de la lengua que hablaron los Etruscos, y el obstáculo invencible en que los más expertos filólogos tropiezan para determinar el carácter étnico y el origen verdadero de aquel pueblo; pues mientras que unos, siguiendo á Hellenicus, les suponen Pelasgos, otros, con Herodoto, afirman que eran Lidios, y otros, finalmente, les creen Autóctonos, como lo sentó Dionisio de Halicarnaso. Sobre tan obscuro como debatido punto histórico, se lee en una notabilísima y magna obra de Arqueología, en curso de publicación desde años hace, lo siguiente, además de las consideraciones que acabo de exponer: «Entre las regiones conocidas de los antiguos desde las orillas del Ganges al Estrecho de Gibraltar no hay una sola en la que alguien no haya pretendido hallar la cuna de los Etruscos. Se ha querido hacerles venir de la India, del Egipto, de la Mauritania, de la tierra de Canaán. Se les ha hecho Celtas, Semitas, Tártaros, Tracios, Ilirios, Libios-Bereberes, Italiotas, Hittitas, y otra vez se ha retrocedido, desarrollándolos, á los tres sistemas expresados antes» (1).

Es poco más ó menos lo mismo que acontece con la cuna de nuestros aborígenes ibéricos; y por esto he creído que no era fuera de lugar traer á colación lo relativo á los Etruscos, con tanto mayor motivo cuanto que arqueólogos y críticos ilustrados sostienen, con fundamento á mi ver, la identidad de raza y comunidad de origen entre uno y otro pueblo.

Mas, ya lo véis, señores; en el estado actual de la ciencia, sería vano y temerario empeño señalar con dedo certero é infalible el punto y hora de donde partieron los primeros seres racionales que vinieron á poblar nuestras costas, nuestras mesetas centrales, nuestros valles y montañas; y no sólo de nuestra Península, sino de la Europa toda. Así vienen á reconocerlo explícitamente los más desapasionados escritores que han consagrado las luces de su inteligencia al estudio de tan arduo problema, y así se desprende implícitamente de esa baraunda de sistemas, hipótesis y opiniones que acerca del mismo surgen á cada paso, sin otro lastre en lo general, que el de una erudición que confunde y marea, y una fantasía fecunda hasta lo increíble.

Habremos de convenir, con todo y eso, en que la existencia del hombre en nuestro suelo en la época cuaternaria, y dentro de ésta en los periodos paleolítico y neolítico, está comprobada

---

(1) *Dictionnaire des Antiquités Grecs et Romains*, tomo X, *Etrusques*.

por los restos que así la Arqueología como la Antropología nos señalan como testimonios irrefragables de aquella existencia en tiempos tan arcaicos.

Abundan en España las cavernas que, á la vez, sirvieron á nuestros aborígenes trogloditas de refugio y morada y de lugares de enterramiento, algunas de las cuales han sido exploradas con interés y acierto, exhumándose restos humanos y objetos de la industria y arte de sus habitantes. Bastará citar, entre las más notables, la cueva Lóbrega, en Torrecilla de Cameros, provincia de Logroño; la de la Mujer, cerca de Alhama; la de los Murciélagos, próxima á Albuñol, ambas en la provincia de Granada, y la de Altamira, en el Ayuntamiento de Santillana del Mar, provincia de Santander, uno de los monumentos paleolíticos más interesantes de cuantos se conocen en la Península y fuera de ella, por lo que debo dedicarle algunas líneas.

Explorada esta gruta por D. Marcelino S. de Santuola, le dedicó una breve disertación que dió á la imprenta en 1880, en la que llama principalmente la atención sobre las pinturas que se observan en las paredes de la caverna, representando toros, bisontes, caballos, corzos y otros animales, para cuyo trazado se valieron los artistas trogloditas del ocre rojo y negro.

Conocido que fué el opúsculo del Sr. Santuola por los eminentes arqueólogos Mrs. Cartailhac y Harlé, director y redactor respectivamente de la grande y conocida obra *Matériaux pour l'histoire primitive de l'homme*, pasó el segundo de ellos á visitar la gruta, no quedando muy satisfecho de su inspección, pues aunque comprobó la existencia de las pinturas murales y de otros detalles enunciados por el explorador santanderino, dudó de la antigüedad que éste les atribuía, y aun sospechó la falsedad y reciente factura de aquéllas, según así lo dejó comprender en el artículo que con el epígrafe de *La Grotte de Altamira*, publicó bajo su firma en la citada Revista (t. XVI, pág. 275 y siguientes). Mas, habiéndose descubierto posteriormente en los departamentos del Gironda y del Dordoña unas grutas con pinturas, osamentas y sílex muy semejantes á las de Altamira, creyó Cartailhac deber entonar el *Mea culpa de un, esceptique*, confesando que no dudaba ya de la antigüedad de las pinturas de la caverna española, remontándola á la época paleolítica Magdalenense, período medio cuaternario de la piedra tallada y del

hueso, pero sin el Reno (1). Impulsado además por el ansia ferviente que por conocer un monumento arqueológico aguijonea á todo arqueólogo, sobre todo si es de la cepa de un Cartailhae, acudió con el abate Mr. Breuil á explorar personalmente la gruta, quedando ambos sorprendidos y maravillados de sus preciosidades artísticas y de su importancia prehistórica, según lo revela la siguiente carta dirigida por aquél á Mr. Verneau, y que considero digna de transcribir literalmente por lo que expresa y deja entrever sobre tan precioso tesoro de la España primitiva.

«Santillana del Mar, vendredi, 10 Octobre (1902).

»Mon cher ami:

»Vous apprendrez avec plaisir que le grand fait de l'ornementation des cavernes par la gravure et la peinture a pris une valeur considérable dans l'histoire des âges paléolithiques. M. l'abbé Breuil et moi sommes, depuis deux semaines en Espagne à étudier, dans la province de Santander, la grotte d'Altamira. L'abbé rapportera à Paris un album *étonnant* au possible, car cette grotte n'avait été qu'entrevue et tous les jours nous y découvrons des pages nouvelles pour l'histoire de l'art. Les peintures sont grandioses, compliquées, habiles, originales. Les signes innombrables, les *graffites* couvrent des surfaces énormes. On discutira longuement sur ce monde extraordinaire révélé par *la plus belle des cavernes ornées*. Amitiés CARTAILHAC» (2).

Este mismo disertó amplia y detalladamente sobre la ya renombrada gruta en la sesión del 22 de Junio siguiente de la Academia de Ciencias de Paris, presentando reproducciones en color de las pinturas, con otros accidentes notables de aquella, cuyas galerías alcanzan 250 metros de largo.

En los yacimientos diluviales de San Isidro, á 40 metros sobre el Manzanares, en Zamora, en Tarragona y otros lugares de las cuencas del Ebro, del Guadalquivir, del Tajo y del Duero, se han hallado fósiles y sílex tallados de la época cuaternaria y de los tipos paleolíticos llamados Chelense, Musteriense y de Solutré.

Todo esto nos prueba la existencia del hombre cuaternario en la península ibérica, y que su estado de civilización no era enteramente salvaje, ó cuando menos inferior al de otros habitantes de allende el Pirineo, en la misma época.

Los monumentos que nuestros aborígenes nos legaron del pe-

---

(1) *L'Anthropologie*, t. XIII, pág. 348.

(2) *Id. id. id.*, 683.

que con admiración y sorpresa del mundo científico se han descubierto y explorado desde unos treinta años acá, revelando la existencia, apenas sospechada antes, de todo un pueblo oculto bajo tierra por una serie incalculable de siglos, y que al surgir de sus sepulcros con todo el rico atestado de su raza, antigüedad, civilización y cultura ha difundido raudales de luz sobre estos elementos de nuestros indígenas.

Estábales reservado á los ilustrados ingenieros D Enrique y D. Luis Siret, con sus numerosas y bien dirigidas exploraciones arqueológicas en la zona del litoral que se extiende desde el cabo de Gata hasta Mazarrón, y últimamente á los PP. de la Compañía de Jesús que dirigen el Colegio de Sto. Domingo de Orihuela, y á su frente el sabio arqueólogo Rev. P. Julio Furgús (1), con sus inteligentes y fructuosas excavaciones en la ladera de San Antón, á unos dos kilómetros de aquella antiquísima ciudad episcopal, la gloria de haber contribuido á tan portentoso resultado, haciendo retrogradar la historia de la civilización ibérica á la aurora misma de su existencia. Porque en aquellos millares de sepulturas (1,600 descubrieron los ingenieros citados, y sobre 800 los PP. Jesuitas), con los diferentes sistemas de enterramiento y el abundante y variado ajuar que encerraban; en los fondos de habitación y caseríos; en la cerámica de tan variadas formas; en los infinitos útiles de piedra, ya tallada, ó ya pulida; en las armas de cobre y bronce y en el prodigioso número de objetos de adorno, desde la humilde concha marina, la pedrezuela y el hueso, hasta el marfil, la plata y el oro, en todo este conjunto de la actividad del hombre, se nos revela una raza indígena, sedentaria y numerosa cuyos primeros intentos y progreso en la senda de la civilización surgen y se desenvuelven en ella misma por la ley de la evolución natural y lenta, común á todos los pueblos, y no por importaciones de otros más avanzados, que si por aventura invadieron la Península, ya fuese como simples mercaderes ó bien como colonizadores, hubo de ser muchos siglos después.

---

(1) De los Sres. Siret tenemos la laureada obra «*Las primeras edades del Metal en el SE. de España*», Barcelona, 1890. Del Rdo. P. J. Furgús, un completo y erudito estudio, perfectamente planeado, que con el título de *La edad prehistórica en Orihuela*, ha visto la luz en la excelente Revista mensual *Razón y Fe*, que dirigen los PP. de la Compañía de Jesús en Madrid; números correspondientes á Septiembre, Octubre y Noviembre de 1902.

riodo neolítico son naturalmente más profusos y de una importancia capital para el conocimiento de la etnografía y la etnología ibéricas. En este concepto, y en primer lugar, han de considerarse los megalíticos: túmulos, menhires, cromlechs, recintos ó castros fortificados, etc., de cuya antigüedad prehistórica y carácter sepulcral, deducidos del estudio y comparación tanto de la forma como de los cráneos, vasos, instrumentos de piedra y otros detalles descubiertos en ellos, no se duda ya por los arqueólogos y antropólogos, rechazando toda idea de invención celta y de carácter religioso, como utilizados por los sacerdotes druidas para sus sacrificios y ceremonias de su culto.

La coexistencia de construcciones semejantes, no sólo en Europa, sino en el Norte de Africa, en Egipto, en la antigua Fenicia, en la India, en Méjico, el Perú y otros puntos del globo, alejan toda creencia de exclusivismo de pueblo ó raza en la invención y difusión de tales monumentos, al paso que con su admirable sincronismo de época y la identidad de carácter fúnebre revelan un grado de civilización y de respeto á los muertos común á la humanidad en los tiempos más remotos (1).

La Península ibérica, con las Baleares, abunda, como indiqué antes, en monumentos de esta clase, que han sido materia de concienzudos estudios y luminosas ilustraciones para reputados escritores españoles y extranjeros, cuya cita resultaría larga y siempre incompleta (2).

Concurren con las cavernas y los monumentos megalíticos á demostrar la población de la Península en el principio y medio del sistema cuaternario, la multitud de estaciones prehistóricas

---

(1) Examinando Mr. Archambault un Dolmen en la Nueva Caledonia, observó ciertos signos trazados en las piedras que lo formaban, semejantes á los que se han descubierto en monumentos análogos de Francia y otras partes por lo que aventura la hipótesis de que la misma raza neolítica que trazó éstos, pudiera haber llegado sobre la frágil quilla de humildes embarcaciones hasta aquellas apartadas y solitarias regiones: «quién sabe, dice, si de propósito, siguiendo las costas á que de lejos alcanzaba su vista, ó si abandonados á su suerte aquellos hombres afrontaron y vencieron la inmensidad de los mares». (*L'Anthropologie*, tomo XIII, página 689).

(2) El sabio epigrafiasta citado, D. Emilio Hübnér, cuyo reciente fallecimiento constituye una pérdida inmensa para la Arqueología, al tratar en su obra *La Arqueología en España*, de las antigüedades prehistóricas (§ 142 y siguientes) presenta un cuadro bibliográfico y estadístico, si no completo porque ni se ha formado hasta hoy ni es fácil conseguirlo lo bastante para conocer lo más saliente en la materia

Al igual de lo acontecido en las cavernas y en los monumentos megalíticos, no han aparecido en aquellas estaciones y sepulturas inscripciones, monedas, figurillas de ídolos ó cosa semejante, ni armas de hierro. La cerámica, modelada sin valerse del torno, á mano ó en moldes, y secada al sol ó al fuego libre, reviste en sus formas y decorado un carácter original y típico que la distingue de la de otros países. Los pezones que en mayor ó menor número se observan en muchas vasijas y urnas sepulcrales, parecen ser un sello característico de la antigua vajilla ibérica, llevado á veces al extremo de cubrir toda la superficie del vaso, como sucede en algunos encontrados en la comarca de los Vélez Rubio y Blanco (1).

Los alfareros indígenas de Iluro, mucho más adelantados que los del SE, bien fuese por la diferencia de tiempos, ó por su mayor contacto con Etruscos y Griegos, conocieron y usaron el torno, y colocaban los pezones referidos en el arista de la panza, según se ve en algunos vasos de los hallados en Cabrera, de tan primorosa factura por la corrección de sus líneas, la delgadez de las paredes y la finura de la pasta, que en nada desmerecen, si no aventajan en estos conceptos á las más renombradas lozas modernas.

En aquella espléndida manifestación de la actividad y cultura de los Iberos, y en cuanto de verdaderamente prehistórico se ha descubierto en el territorio de la Península, se observa desde luego la ausencia de todo rastro oriental, fenicio, griego ó etrusco, pues hasta el bronce, que en armas y objetos de adorno figura en menor proporción con el cobre, no hay razón bastante para considerarlo de importación fenicia, y para negar á nuestros indígenas los medios y la facultad de obtenerlo por sí mismos. Ellos poseían el cobre en abundancia, y lo fundían en moldes y crisoles que se han descubierto en Orihuela y otros puntos: poseían el estaño (plomo blanco, ó *plumbum candidum* de Plinio) y era tal la creencia que de su abundancia en España tenían los geógrafos antiguos, que Avieno afirmaba que el monte Argentario, que no era otro que la Sierra Sagra de Huescar (Granada), brillaba por el estaño, si bien Estrabón supuso que era debido á la plata. Poseidonios de Apamea, cuatro siglos antes de Avieno, en su elegante descripción de las minas que

---

(1) Véase mi *Monografía de la villa de Vélez Rubio y su comarca*, página 21, y L.<sup>a</sup> II, fig. 7.

se explotaban en la antigua Iberia, afirma que en el territorio de los Artabros, Noroeste de la Península, se beneficiaban ricas minas de plata y estaño. Sabido es que en varias provincias, inclusa la de Almería, se explotan hoy minas de este último metal.

Mas, aunque así no fuese, y el estaño hubiera de importarse de las mismas islas Cassitérides, como los griegos llamaban á las Británicas, del nombre *κασσιτερος* que daban al metal referido, en el estado de civilización en que aparecen los primeros habitantes del SE., conocedores de los cereales y, por consiguiente, de la agricultura; con casas para habitar, y vestidos tejidos para cubrir sus carnes; con animales domésticos, y un tan notable conocimiento de los metales, entre los que el oro y la plata no escaseaban; establecidos sedentariamente en la zona marítima ¿cómo puede suponerse que no habían de conocer la navegación, y sostener relaciones de comercio con otros pueblos del Mediterráneo y del Atlántico que, según textos y tradiciones los mismos Iberos habían ido á poblar? Los Tartesios colonizaron la Cerdeña, según Estrabón, y los Sicanos, de origen ibero, según Eforo, fueron los primeros habitantes de Sicilia (1).

Los Siluros de la gran Bretaña eran iberos, si seguimos á Tácito: *Silurum cerrati vultus, et torti plerumque crines, et posita contra Hispania, Iberos veteres trajecisse easque sedes occupasse faciunt* (GN. Julii Agricolaë vitæ, XI): la leyenda irlandesa, desde el siglo IX, hace procedentes de España á los hijos de Mile, progenitores de los Irlandeses (2). Avieno afirma que los Tartesios hacían el comercio por mar hasta las islas *Oestrymnides*, que eran las Británicas en opinión de Mr. D'Arbois: *Tartessis in terminis Oestrumnidum negotiandi mos erat...* (3).

Estrabón y Plinio no reparan en afirmar que los Turdetanos (descendientes como los Túrdulos de los Tartesios) conocían la escritura seis mil años antes de J. C., y aún cuando estos años se reduzcan á 1500, como aconseja D. Modesto La Fuente, siempre resultaría una antigüedad mayor á la de la guerra de Troya, que es la más remota que se atribuye á la venida de los Fenicios y fundación de su colonia de *Gadeira*, Cádiz, como lo

---

(1) D'Arbois de Jubainville. *Les premiers habitants de l'Europe*, t. I, L. I.º c. III.

(2) *Cours de Littérature Celtique*, t. XII, pág. 222.

(3) Obra citada, tomo XII, pág. 38.—Avieno. *Ora Martima*, versos 113 y 114.

pretende Pomponio Mela (lib. III, cap. 6, § 46) (1). Sea como quiera, así la Historia como la Arqueología nos vienen á demostrar el alto grado de civilización de los indígenas ibéricos, y que el bronce hallado en sus sepulturas podía ser producto de su industria, sin necesidad de que los Fenicios lo importaran.

Y bien, señores Académicos, por las consideraciones que tan superficialmente dejo expuestas, y apartándonos de teorías sistemáticas que como la de las emigraciones en grandes masas del Centro y del Occidente del Asia y del Norte de Europa han pasado ya de moda: supuesto que la Filología no puede decirnos cual fuese el verdadero origen de nuestros primeros pobladores, por la ignorancia absoluta de la lengua que hablaron: que la Antropología, después de haber examinado sus distintos caracteres morfológicos, los cráneos y demás osamentas procedentes de las estaciones prehistóricas de la Península, nada nos enseña de positivo y concreto sobre aquél mismo origen, pudiendo deducir tan solo que aquellos restos humanos acusan una mezcla étnica, ó de razas, semejante á la que presentan los hallados en las estaciones y monumentos más notables del territorio galo y de otros de Europa, de tal manera que, hoy mismo, uno de los antropólogos más eminentes de la vecina República quiere deducir, aunque con ciertas salvedades y reservas, de la comparación de un cráneo fósil hallado en una gruta de Menton, con otro procedente de Australia, de la que resulta un pronunciado carácter de prognatismo muy semejante entre ambos que el hombre Europeo, y principalmente el del Mediterráneo, proceda de un antepasado Australiano (2), hipótesis que prueba que nada de fundamental ha establecido hasta el presente aquella ciencia sobre el origen de las razas, concluyamos de acuerdo con el ilustre Mr. Cartailhac (3), que nuestros hombres prehistóricos permanecen innominados, y que faltan completa-

---

(1) Según la cronología de Velleius Paterculus la fundación de Cádiz ocurri6 hacia el año 1100, antes de J. C.; pero como estos y otros cómputos cronológicos de los historiadores antiguos son de exactitud muy problemática, no deben de aceptarse sin reserva. Mr. D'Arbois y otros autores no conceden á la fundación de Cádiz mayor antigüedad de 500 á 600 años antes de N. E.

(2) *Contribution à l'histoire des hommes fossiles, par Mr. Albert Gaudry.* Véase *L'Antropologie*, vol. XIV, pág. 1, y *La Nature*. 7 Febrero de 1903, pág. 159.

(3) *Les Ages Préhistoriques de l'Espagne et de Portugal.*



mente pruebas que permitan clasificar y atribuir á tal ó cual pueblo los vestigios tan numerosos y tan interesantes de los tiempos prehistóricos.

Siendo esto así, entiendo que la Paleontología ibérica, como la todos los pueblos en general, sólo puede explicarse racionalmente por la evolución, en virtud de la marcha que la humanidad siguió desde su génesis, á medida que fué multiplicándose, ocupando lenta y gradualmente las diversas regiones de la Tierra. Partiendo de esta base, y en la imposibilidad de determinar categóricamente el punto de su procedencia, ni aquel otro por donde penetraron en la Península los primeros hombres que pisaron su suelo, cabe, en mi concepto, conjeturar por inducción de cuanto nos dicen las fábulas y tradiciones, los monumentos arqueológicos, los textos históricos y las condiciones físicas y naturales de esta mínima porción del mundo, que bien fuese por mar, desde una ú otra orilla del Mediterráneo, ó ya por tierra, y quien sabe si por el istmo que la unía al Africa antes del cataclismo geológico que las separó y puso en comunicación los dos mares, llegaron á aquella fértil y risueña Tartésida, mansión poética de los Campos Eliseos; y que extasiados ante aquella naturaleza exuberante, favorecida por un cielo refulgente, un clima benigno y un suelo pródigo de cuanto les fuera menester para la subsistencia, la adoptaron sin vacilación por la patria que el Omnipotente les tenía predestinada como término de su vida errante: allí moraron ellos y sus descendientes, en grutas naturales ó artificiales y en chozas ó cabañas rústicas de tierra y ramaje; y desde allí fueron paulatinamente diseminándose por las comarcas limitrofes y despobladas; prefiriendo unos las del litoral, ó las ribereñas de los rios y lagos, mientras que otros, más dedicados al pastoreo, al cultivo de la tierra ó á la explotación de las minas, iban ocupando el interior del país, formando pequeños y desparramados poblados, cuyo número fué creciendo con nuevas y sucesivas generaciones, hasta no quedar región alguna de la Península completamente inhabitada. Mas, aislados estos primeros pobladores por las barreras naturales que el intrincado y fragoso sistema orográfico peninsular y los caudalosos rios levantan por todo el territorio, y le dividen en comarcas de variedad de climas, grados de humedad y de sequedad, terrenos y productos de naturaleza y clase diferentes, con otros agentes físicos que influyen de un modo especial en los caracteres etnológicos de los habitantes de una

misma nación y raza, llegaron á constituirse aquellas agrupaciones de pueblos que, no tan sólo en fuerza de los agentes indicados, sino por la de los distintos hábitos y costumbres, clase de trabajo, régimen alimenticio, comunidad de sentimientos y medios de expresión, que son todos consecuencia de aquellos, adquirieron una cierta fisonomía peculiar y distintiva respecto de las de otras comarcas.

Así, pues, hemos de considerar que la población de la Península fué obra del tiempo, de un tiempo inconmensurable, y del desarrollo evolutivo de una raza indígena: raza á que pertenecían aquellas agrupaciones etnográficas que los geógrafos é historiadores griegos y latinos nos designan con nombres distintos, derivados de cualquier accidente notable de una determinada región, como de un río, de un lago, de un monte, de una población importante, etc.; pero todos bajo el concepto genérico y lato de *Iberos*, como pertenecientes á una misma estirpe peninsular.

Esta raza es la que desde los tiempos más lejanos mereció los dictados de sufrida, honrada, fiel, heroica y tan amante de su independencia que ha preferido el suicidio antes que doblar la cerviz al yugo extranjero.

Bien alto lo proclama la Historia al consignar en páginas de oro las hazañas heroicas y épicas empresas de los españoles en todos los ámbitos del mundo, en las que tantos héroes legendarios inmortalizaron su nombre y el de su patria. Y no sólo en la guerra, sino en las artes de la Paz, en todas las manifestaciones del genio y de la actividad, han sobresalido verdaderas eminencias que figurarán siempre como gloria y ornamento de nuestra raza y del nombre español.

III. DICHO.

CONTESTACIÓN

DE

D. Francisco Carreras y Candi

---

## Señores Académicos:

El esfuerzo que ejercemos en pro de la cultura intelectual catalana, dejaría de ser constante y eficaz, si no atendiera á procurar la desaparición de aquellos surcos abiertos en nuestro seno por la devastadora marcha del tiempo. Con la llegada del nuevo académico, á más de obtener la oportuna reparación del vetusto edificio, se logra ver suplido el material caduco, con otro de mayor consistencia, redundando en beneficio de la solidez del conjunto. Las carcomidas maderas ó endeble tapias, derribadas por los años, se ven reemplazadas por el potente hierro ó el compacto cemento hidráulico, con que edifica más sólidamente, el siglo vigésimo.

De igual manera, pues, los infatigables desvelos y razonado criterio, que caracterizan al nuevo académico Sr. Rubio de la Serna, á quien me cumple dar la bienvenida en nombre de todos vosotros, son el material robusto que cooperará á la mayor resistencia, de ésta, ultra centenaria, mansión de nuestras buenas letras. Y adrede digo buenas letras, por tener tal palabra, entre nosotros, un amplio sentido, que quizás en otros sitios no se le reconozca: aquí y desde luengos años, sintetiza y comprende los estudios que más pueden contribuir á ilustrar la historia de Cataluña.

Si es que pudiera admitirse la predestinación en el campo científico, indudablemente encontraríamos un ejemplo, en el que ofrece nuestro nuevo compañero, á quien la ciencia arqueológica, fué á buscarle en su casa, para reducirle acérrimo cooperador de sus estudios. Un limitado espacio de tierra, que

sombrea el altivo Burriach, es el sitio donde aquella progenitora de la historia, le tenía aparejado el lazo con que pensaba sujetar al nuevo adepto.

Cientos de años hacía, que, la reja del arado surcaba la huerta de casa Rodón, en Cabrera del Maresma, sin que el tesoro arqueológico, que, á poca profundidad descansaba, fuese hallado por nadie. Cierta nivelación de terreno practicada en enero de 1881, puso de manifiesto un primer objeto de cerámica. A su vista quiso investigar el propietario, y sucesivos hallazgos mostraron al Sr. Rubio de la Serna, una continuidad de enterramientos, donde aparecían mezclados, á objetos de factura vulgar, interesantes obras de arte antiguo.

Por otra parte, el examen de aquellos descubrimientos, el concienzudo análisis de las inhumaciones, la relación de cada pieza con otras similares de los museos públicos, han traído por consecuencia convertir á su entusiasta propietario, en eminente arqueólogo. Cuando al estudiar los objetos, trata, el Sr. Rubio de la Serna, de establecer interesantes deducciones, se muestra siempre cauteloso en no dejarse llevar de la fantasía, defecto capital que ha perdido á la mayor parte de los que se dedican á tales estudios.

Tomando como punto de partida sus hallazgos de Cabrera, publicó, el Sr. Rubio de la Serna, las primeras investigaciones arqueológicas, en importantes revistas como la *Gazette Archéologique* de Paris, las *Memorias* y el *Boletín de la R. Academia de la Historia*, *La España Regional* y otras. Allí describía la necrópolis ante-romana, por él tan cuidadosamente exhumada, ó bien investigaba sobre numismática ilusonesa ante la aparición de hermosos ejemplares á flor de cuño, ó bien disertaba acerca las armas halladas junto á miserables despojos de carcomidos huesos, únicas reliquias del robusto guerrero que un día las hizo temibles.

El museo formado por el Sr. Rubio de la Serna, con el fruto de sus excavaciones y aumentado con ejemplares de otras procedencias, especialmente objetos proto-históricos originarios de Velez Rubio, (1) es una muestra de la veneración y respeto con que fueron recogidos todos los fragmentos y maravillosamente

---

(1) Es la *Monografía de la villa de Velez-Rubio y su comarca* (Barcelona 1900) una nueva manifestación de la erudición histórica del Sr. Rubio de la Serna á quien debe tan notable historia su población natal.

restaurados, sin que, ni las más insignificantes cenizas y huesos procedentes de la incineración del cadáver, se hayan tocado de ninguno de los envases en donde sus allegados los depositaron.

Las labores explorativas y trabajos de gabinete, del Sr. Rubio de la Serna, pregonan su mérito, mayormente si consideramos que, á pesar de ser la región de Maresma, tan rica en hallazgos de tiempos antiguos, ninguno de cuantos han tenido allí fortuna semejante á la suya, ha llegado á obtener análogo resultado.

Si hoy, la costa que se extiende de Mataró á Barcelona, está poblada por ese enjambre de pueblos, con casi solución de continuidad de edificios, dando á entender cómo y por dónde en plazo no muy lejano, se extenderán los suburbios de la verdadera y positiva capital de España, es reflejo de otra prosperidad equivalente, que gozó, el mismo territorio, al alborear la civilización hispana.

Señalan la ocupación de las montañas del Maresma por pueblos primitivos, dólmenes y castros al parecer proto-históricos. Ahí están Vilasar y Vallgorguina con sus interesantes *roca d'en Toni* y *pedra gentil*, Cellechs y el Far con sus antiquísimos recintos amurallados, Badalona, con las originales sepulturas apareciendo el difunto cubierto de una capa de caracolíllos y finalmente las *pedras de llamps* capciosamente custodiadas por los campesinos según costumbre general en Cataluña, testimonios fehacientes de tan lejanos habitantes.

Ya dentro los primeros tiempos históricos, la continuidad de reliquias por doquier aparecidas, acreditan cuan importante fué su prosperidad pasada. Los silos y demás hallazgos de la torre *dels Encantats*, junto al primitivo *Estrach*, de antiguo frecuentado por sus *Aguas Calidas*; los restos romanos del Morrell (Llavaneras) como avanzada de los abundantes y notables despojos de la antigua Iluro, mosaicos, estatuas, aras, monedas, cerámica, más de un kilómetro de via en Parpers y la *specula* ó atalaya del Coll en una de las cumbres de esta sierra, son pruebas póstumas de su vida floreciente en la civilización romana. Y el hecho, ya establecido por los arqueólogos, de que toda la costa de Iluro y Betuló, se vió poblada y hermosa con opulentas villas, acaba de patentizarse una vez más en el pueblo del Masnou, donde, no ya insignificantes despojos aparecidos aquí y allí sino una continuidad de mosaicos, á cual más bellos, por su factura y por la combinación de sus

dibujos, extensos fragmentos de pinturas murales en algunas paredes permitirían dejar completamente restablecida toda el área de una rica mansión romana, ya que, rica debe juzgarse, ante sus grandes y hermosos capiteles y fragmentos de bellas estatuas.

Por más que las comparaciones suelen ser odiosas, no puedo menos de entrar en ellas, viendo como contrasta el amor y respeto con que fueron mirados los hallazgos de Cabrera, por el señor Rubio de la Serna y el lamentable estado á que han venido á parar los mosaicos romanos de Ocata, al desaparecer de este mundo el entusiasta Sr. Morrisson, su descubridor.

¿Sabéis en qué forma se ha pretendido conservarlos y substraerlos de la intemperie? A buen seguro que nunca se os ocurriría. Para ello no han hallado medio mejor que enterrarlos nuevamente. Otra vez vuelve á recubrirlos la tierra, esperando su redención de tiempos mejores que los nuestros.

El caso desgraciadamente no es nuevo siendo más de lamentar cuando quien cae en semejante obcecación es una entidad oficial, como ha sucedido en Barcelona, según últimamente os lo relataba en uno de mis escritos (1) Por tanto ¿no hemos de hallar menos extraordinario, que una señora, apremiada por consideraciones de indole particular, obre de la misma manera?

No creo haya autoridad alguna con fuerza moral suficiente para exigir otra cosa, en un país, donde sobran leyes para todo y no las tiene que impidan la salida de obras arqueológicas, cuando estas leyes á ninguna nación civilizada faltan ya, viendo como se apresuran á adoptarlas, estados de progreso incipiente, según ejemplo que suministra recientemente la pequeña República Dominicana.

Así pues, debemos encomiar y enaltecer la iniciativa particular, cuando, fecunda y potente, subviene á las deficiencias de nuestros gobernantes.

No se ha de perder de vista que hablo desde Cataluña región apartada de la esfera protectora del Gobierno Central, en lo que á arqueología se refiere: desde este país, que nunca ha obtenido R<sup>s</sup>. O<sup>s</sup>. para hacer estudiar mosaicos, con personal docente del Estado como vemos concederse al S. de España (2):

---

(1) *Boletín de la R. Academia de Buenas Letras de Barcelona*, año 1903, número 11.

(2) Se lee en el *Boletín de la R. Academia de la Historia* (tomo XLIII

aquí, que en cambio hemos de sufrir pasiblemente vernos expoliados de nuestros códices y documentos, para saciar el orgullo de la Capital ficticia de la Nación: aquí, que si hojeamos los presupuestos del Estado para 1904, leeremos consignarse, al lado de espléndidas subvenciones á las catedrales madrileña y toledana, dos mil pesetas á la restauración *del monasterio* de Poblet y Santas Creus... (1) Denigrante partida que muestra el menosprecio é ignorancia en que estan de nuestro Principado, los que le dictan leyes; lo cual no obsta para que confundan en uno solo dos magníficos monumentos del arte gótico.

Tengo la seguridad de que ninguno de vosotros pondrá en duda, que, en nuestro país, tanto la arqueología, como la historia, necesitan romper antiguos moldes y lucir más modernas galas.

El inelito catalán Víctor Balaguer, acariciaba el propósito de crear una Real Academia del reino de Aragón, cuya esfera de acción debía dirigirse á los pueblos que formaron esta antigua corona. Para su buen funcionamiento hallaba el medio de adquirir fondos propios, sin detrimento del tesoro público, según hemos de buscar siempre los de estas regiones levantinas. No era del todo hostil á dicho pensamiento el gran académico y estadista español Cánovas del Castillo. Menciono el proyecto sin discutir acerca de su éxito, que en verdad puede debatirse, máxime cuando no creo en la eficacia de los organismos, si falta la base del personal científico que tanto escasea en España.

Entre los nuevos derroteros por donde conviene encauzar los estudios históricos, puedo señalaros como muy importante, sacar del ostracismo en que yacen, tantos libros y escritos cuyo conocimiento precisa para esclarecer nuestro pasado. No es mi pobre voz, la única en clamar contra tal enormidad, pues soy sólo reflejo de otras más autorizadas, que, aisladamente y sin cohesión, se han levantado y perdido en el vacío.

Hora es ya de que cese el secuestro de nuestra documenta-

---

p. 512) que el Ministerio de Instrucción Pública por R. O. de 3 Diciembre 1902, comisionó al Sr. Quintero profesor de la Escuela de Artes é Industrias de Málaga, para estudiar mosaicos encontrados en Itálica.

(1) *La Veu de Catalunya* número 1775, 10 de Enero de 1904: *Reparació de monuments.*—*Catalunya postergada* comenta el Capitulo 20, artículo 2.º de los presupuestos del Estado para 1904, copiando íntegramente las partidas destinadas á todos los monumentos artísticos é históricos de España.



ción histórica recluida tras los encastillados muros del páramo de Simancas, tratándose, como no vemos se trate, á los elementos más disolventes y anárquicos Esta Real Academia, ha de levantar bandera y nosotros, cual nuevos cruzados, acogernos á ella y á su sombra batallar para conseguir la libertad de tan preciado tesoro y rescatarlo á la ciencia y á la patria.

Unánimes debemos dirigirnos al sabio arabista y eminente académico Sr. Co'era y decirle, que sus palabras han repercutido en Barcelona, donde nos tiene aparejados á secundarle en pro de las sanas reformas que conviene implantar en los procedimientos de estudio y de consulta, hoy día vigentes en las bibliotecas y archivos de España.

Por más que voy prolongando, quizás en demasía, la digresión en que ando metido, desco trasladaros el párrafo con que finaliza el Sr. Codera, su innovador escrito *Bibliotecas en España* (1). Comentando la publicación en Holanda, de dos tratados inéditos de medicina árabe decía: «el autor, Dr. Koning, ha tenido á su disposición en Haarlem, manuscritos de las Bibliotecas de Berlín, Paris y Leyden: si entre nosotros hubiese un doctor en medicina que supiese árabe como el Dr. Koning, y se propusiese hacer una cosa parecida, se encontraría con que habría de ir á la Biblioteca Nacional, á la de la Real Academia de la Historia ó á la del Escorial, sin que por hoy fuese posible el que se le dejasen llevar á su casa, aunque fuera muy conocido por su competencia en tales estudios; en cambio, todas las bibliotecas de Europa, menos la del Museo Británico, es casi seguro que le remitieran los libros que quisiera publicar: entre la generosidad casi general y el egoísmo del Museo Británico, sospecho que nosotros seguiremos imitando á éste ».

La necesidad de zarandearse de un lado á otro para poder trabajar con fruto un tema de esta índole, resulta aumentada á quien intente escribir desde Barcelona, sobre historia de Cataluña, máxime si se relaciona á los siglos XVI y XVII. De mí os podré decir, que ha más de seis años tengo pendiente de publicación un estudio sobre las revueltas catalanas del reinado de Carlos II, por imposibilidad de examinar los muchos datos que me consta existen, en Madrid en las bibliotecas Nacional y de la Real Academia de la Historia, en el monasterio del Escorial y en el inhabitable Simancas.

---

(1) *Revista de Aragón* (Zaragoza, 1903).

Dispensadme si habiéndome salido de los estrechos límites á que quería y debía circunscribirme al dar la bienvenida al nuevo académico, he abierto la válvula de la expansión, necesaria cuando nos hallamos oprimidos bajo el peso de penosas impresiones. Muchísimo más pudiera deciros, si añadiese á las anteriores consideraciones las que me sugiere la desaparición de tantas y tantas preciosidades arqueológicas, girones valiosos de nuestra historia, que han pasado á enriquecer museos extranjeros, ante la incuria é indiferencia de los que creen, que, no moviéndose de Madrid los cuadros de Murillo y de Goya y las armaduras de Carlos I y de Boabdil, ya no hay más á hacer.

Y cuidado que esta era la principal consideración que pensaba deducir del brillante ejemplo de amor y veneración profesado á los despojos de pasadas edades, por el Sr. Rubio de la Serna y que me hubiese arrastrado á formular más capítulos de cargos contra los que, debiendo dar el ejemplo desde arriba, muestran lamentable abandono. Es evidentísimo que no se ha estimulado y enaltecido la arqueología, dándole toda la importancia que se merece, cuando no tenemos base más segura, para determinar las relaciones que entre sí guardaban los pueblos en los primeros tiempos historiables.

En estos últimos años acabamos de presenciar su gran triunfo, al demostrarse la existencia de una civilización occidental ó mediterránea, con fisonomía propia, caracterizada por una escritura anterior á los fenicios. Las investigaciones lusitanas, manifiestan la parte importante cabida á los pueblos hispanos, en la más remota de las civilizaciones, al descubrir signos de un alfabeto, que no se ha dudado en calificar de autochtono, y en creer que pudo servir de base y fundamento al mismo alfabeto fenicio.

Ahora mismo, en el discurso cuyos bellos conceptos aún resuenan en nuestros oídos, es por medio de la arqueología comparada, como el Sr. Rubio de la Serna ha establecido la existencia de una etapa colonizadora celta en la antigua Iluro, deshaciendo la creencia en que estábamos, de ser otro de los emporios comerciales focenses, según se pretendía con menos argumentación y estudio, por anteriores historiadores.

Si celta ha de conceptuarse la colonización ilironesa, la orografía del territorio, con su tradicional pertinacia en mantener incólumes ciertos nombres, á pesar del tiempo y de las

vicisitudes políticas, contribuye por su parte á comprobarlo. *Burriach y Estrach*, con que son designados dos lugares opuestos en el circuito de Iluro, atestiguan la exactitud del aserto del Sr. Rubio de la Serna

Según manifiesta el erudito filólogo y querido compañero señor Balari y Jovany, son muy raros los nombres locales que poseemos con la terminación galo-romana en *acus, iacus*, cuya forma sólo se halla en los países donde habitaron ó ejercieron notoria influencia, los pueblos de origen celta. Deduce de dicha rareza, el distinguido autor de *Cataluña Orígenes históricos*, cuan limitada debió ser la colonización celta en nuestra región. Por consiguiente, resulta significativo, que abunden en Iluro las terminaciones en *acus* ó *ach*, tan escasas en otras partes. De ahí que no haya yo temido en presentarlo como nuevo argumento en pró de dicha colonización celta, á pesar de la natural aversión que se siente en todas partes, por las desacreditadas teorías etimológicas.

El interés que tiene para nosotros, existir en Iluro el establecimiento de una colonia celta, es mayor, si se comprueba en Barcelona, el asiento de la misteriosa *Laie* prerromana, cuyas monedas ostentan el lancero, que se conceptúa ser símbolo de pueblos celtas.

A varias deducciones se presta la presencia de colonizaciones análogas en *Laie* y en Iluro. Una de ellas es la de las ciudades múltiples ó divididas en partes, con que aparecen dibujarse una y otra, á través del túpido velo que cubre sus orígenes históricos. En ocasión semejante á la de hoy, expuso, nuestro compañero, D. Eduardo Llanas, escolapio, que la arqueología, como probaba haber sido Iluro, ciudad múltiple, con tres distintos emplazamientos en Cabrera, Mataró y Llavaneras. También existieron las dos Barcelonas, según manifiestan autores de la antigüedad y al parecer ha corroborado últimamente la lápida del duumvir Cayo Celio, hallada en el cementerio del S. O. de nuestra Capital.

¿No es digno de observarse, que en estas colonizaciones celtas, hubiesen ciudades dobles, á semejanza de lo que se sabe positivamente ocurría con el *Emporion* focense y la ibérica *Indika*, la interesante diopolis, sobre que tanto se ha escrito é investigado?

Sugeriría otra deducción la circunstancia de resultar celtas Iluro y *Laie*, cual es, creer asimismo celta, todo el litoral que

se extiende entre dichas dos poblaciones. Mas Betulo (Badalona) nos sale al paso presentándonos una moneda con el íbero y su característica palma al hombro. Interrumpida así toda solución de continuidad, no podrá admitirse por ahora tal deducción, suponiendo que quedaron disgregadas, en la orilla del mar, aquellas dos etapas celtas.

Abriéndonos nuevo horizonte al conocimiento de los pueblos que en luengas edades colonizaron el litoral de Cataluña, acaba de atravesar brillantemente los umbrales de esta Real Academia el Sr. Rubio de la Serna. Al rendirnos tan hermosa ofrenda lo menos que puedo hacer en nombre de todos vosotros, al darle el abrazo de bienvenida, es felicitarle cordialmente, rogándole nos reserve las primicias de ulteriores estudios é investigaciones, con que venga á sorprendernos nuevamente, para ilustración de nuestra historia.

HE DICHO.